

# El rey

Daniel Baldi

loqueleg

En un tiempo no tan lejano...

9

Terminó de colocarse el último bloque, lo que significaba que los muros habían quedado listos.

Todos quedaron reunidos a la espera de la aparición del rey.

Finalmente, luego de tres meses de incansable esfuerzo, habían logrado erigir “Su” monumento; el castillo y la muralla que lo rodea.

La aparición de Charomis se produjo en la almena más alta. Al verlo, todos levantaron una mano al aire y se llevaron la nariz a la axila, practicando el saludo reverencial.

El rey lucía igual que siempre: remera blanca, brazaletes negros en las muñecas y una gorra azul con la visera para atrás, intentando infructuosamente tapar dos matas de rulos a los costados de la cabeza.

La ovación fue más larga de lo habitual.

Ese día significaba el comienzo de una nueva era en la historia del país.

La fachada parecía la de un castillo medieval: puente levadizo, acequia, un alabrado que bordeaba la acequia del lado del pueblo, almenas y muros laterales. Frente al puente levadizo había una casilla donde un guardia de seguridad vigilaba la puerta todos los días. La única salvedad era que no era en el Medioevo, sino en la modernidad.

10 Uno de los muros laterales se extendía hasta el río y el otro hasta donde comenzaba el muro del condado del rey Rublioux.

Durante los meses de trabajo en la muralla, Charomis consideraba que había hablado demasiado, por lo que ese día, cuando salió a brindar el discurso inaugural, tan solo se limitó a agradecer a sus súbditos por la labor desempeñada y desearles una buena estadía.

Ahora que todo había quedado listo para comenzar con el mandato, estaba ansioso por ver qué pasaba.

—*Hoy comienza la nueva era, la era que tanto esperamos y para la cual trabajamos duro. Sepan que a partir de este momento estaré mirándolos día y noche a fin de que todos puedan vivir con la atención que merecen. Aquel que no se adapte a las normas de convivencia será deportado a La Prisión. Gocen de una vida próspera y segura* —añadió antes de retirarse.

*Normas de convivencia:*

*“Trabajar ocho horas diarias, de lunes a viernes en los empleos designados, entre las nueve de la mañana y las*

*siete de la tarde, con dos horas de descanso en el medio, para almorzar en sus hogares”. “Obligatoriedad en el deporte, por lo menos dos horas diarias”. “La señal televisiva será manejada por El Rey y avisará cada mañana, en el discurso diario, las horas que la permitirá (por lo general autorizaría la emisión de los informativos y los partidos de fútbol)”. “A las once de la noche todas las casas deberán tener las luces apagadas, permitiéndose únicamente el uso de velas”. “Guardias nocturnos harán la recorrida por el condado a fin de comprobar que las normas sean acatadas”. “Aquella casa que tuviera alguna luz prendida sin previo consentimiento, pagará con la quita de bonos y prohibiciones para cruzar el muro”. “A las siete de la mañana comenzará a sonar en los altoparlantes de las murallas y las esquinas del condado la voz con el discurso”. “A esa hora deberán levantarse y comenzar el nuevo día”.*

12 Los tres condados amurallados se pusieron en marcha el mismo día. Uno era el de Charomis, otro el del rey Rublioux y el tercero, el del rey Sarú. Los condados no se comunicaban entre sí, salvo para las competencias deportivas, artísticas y las olimpiadas científicas, y cada uno tenía sus propias reglas.

A partir de ese día, aquellas personas de entre dieciocho y veinticinco años que habían decidido irse a vivir a los condados comenzaron a conocerse, juntarse, casarse y tener hijos.

Los habitantes del condado de Charomis podían recibir visitas solo de un familiar, una vez por semana, y siempre debía ser el mismo.

Para muchos de los seguidores no había sido sencillo designar a esa única persona, sabiendo que no podrían ver ni hablar con el resto salvo cuando pudieran cruzar, hecho que, se preveía, iba a ser muy esporádico.

Lo mismo ocurrió con la reglamentación para los primeros niños nacidos en el condado, los hijos

genuinos. A ellos había que mentirles para preservar la organización de la vida en la comunidad.

El primero de estos hijos genuinos del lugar, denominados “Primera generación”, llegó dos años después del inicio de los condados. Ese mismo año nacieron cuatro bebés más en el condado de Charomis. Al año siguiente le siguieron diez, denominados “Segunda generación”, y así, año tras año, el condado comenzó a aumentar su cantidad de habitantes genuinos.

Una de las parejas del condado, Tatiana y Mario, tuvieron su primer hijo perteneciente a la “Tercera generación”.

13

Ella había sido encomendada en la labor de la tierra y atendía un vivero. Él estaba encargado de la atención en una ferretería. Se habían conocido en la ferretería cuando Tatiana fue a comprar una pala y luego de tres años de novios contrajeron matrimonio.

El varón se llamó Julián y a los tres años tuvieron una nena de la “Sexta generación” a la que llamaron Natalia.

Se crearon jardines de infantes y escuelas para los niños del condado y un poco más tarde también liceos.

Todos los días cruzaban profesores, doctores y demás profesionales provenientes del otro lado para trabajar en los condados, puesto que estos no tenían profesionales viviendo allí.

Para hacerlo debían cumplir con una sola norma: “No dar información relacionada con el lado del que

venían”. Muchos profesionales se anotaban para trabajar en los condados porque la paga era muy buena.

Con el pasar de los años, Charomis dejó de ser joven y se transformó en adulto. Dejó de usar la gorra y los brazaletes.

14 Hoy día, comenzando su tercera década al mando del condado, lucía más canoso, arrugado y sin esa expresión fresca del principio, aunque mantenía sus costumbres, realizando el discurso matutino y el recibimiento en su oficina del castillo al súbdito que lo solicitase. Al principio había atendido hasta a tres personas por día, hoy solo se limitaba a una o dos por semana.

Con el transcurso del tiempo fue dándose cuenta de que aquellos que solicitaban reuniones siempre eran los mismos y por el mismo tema: “permiso para pasar para el otro lado”.

Charomis los escuchaba con rostro cansado y por lo general, salvo raras excepciones, terminaba denegándoselos. Tan solo permitía pasar a aquellos que, por alguna razón de fuerza mayor, habían tenido que ir a visitar a algún pariente muy enfermo, velorios, urgencias de sanidad. Ir al otro lado no era sencillo, todo dependía de la buena voluntad del rey.

Entre los lugareños a veces se animaban a comentar que estaría lindo ir para el otro lado algún día a cambiar de aire un poco, pero siempre era en tono bajo, entre personas de mucha confianza y casi en un susurro temeroso, cuidándose de que nadie indebido

fuera a escucharlos y, de alguna manera, el chisme se fuera a colar y llegara a oídos del rey. Llevaban más de dos décadas obedeciéndolo y con el miedo de que alguna vez alguien se equivocara y pagara un escarmiento. Increíblemente, en tantos años, no se conocía a nadie que hubiese ido a la prisión.

“Charomis es bueno y nos ayudó a progresar”, se repetían entre sí en una letanía interminable.